

do invisible, pero que el senado conocía y esperaba, no combatirán bajo sus propios auspicios ni obtendrán nunca la más apetecida y envidiada de las recompensas militares el triunfo (1). El poder que tenían aún se repartía entre ellos según su número: este va á la cabeza de las legiones, aquel manda la reserva, estotro manda los veteranos, aquel otro se cuida de los arsenales y de las provisiones de las tropas. Sólo uno está investido de las funciones religiosas y judiciales de los cónsules: el prefecto de la ciudad, presidente del senado y de los comicios, custodio de la religión, de las leyes y de todos los intereses de la ciudad (2). Así, pues, el senado tendrá cuidado en que sus prerrogativas, que encierran las atribuciones dadas más tarde á los pretores, con el importante privilegio de designar los jueces, permanezcan en manos de un patricio. Cuando los plebeyos hayan forzado la entrada del tribunal consular, se reservará siempre á lo menos una plaza para un candidato del otro orden (3).

De los despojos del consulado se formaron tres cargos: la cuestura, la censura y el tribunal consular: los dos primeros eran exclusivamente patricios; los tribunos militares, verdaderos procónsules reducidos al mando de las legiones, excepto uno, podían ser elegidos indistintamente en los dos órdenes. Pero no exigiendo la ley que todos los años fueran plebeyos un número determinado de ellos, permitía que fueran todos patricios; y lo fueron por espacio de medio siglo, de 444 á 400.

A pesar de tan hábiles precauciones, el senado no renunciaba al consulado. Tenía en reserva y pura de toda manilla la magistratura patricia, esperando para ella mejores tiempos. La dictadura, que no se había borrado del nuevo código constitucional, y el derecho de oposición de los padres, quedaban también como último recurso para los casos extremos. La religión, en fin, servía siempre los intereses de la aristocracia; y si á pesar de la influencia de los grandes en las asambleas, si á pesar del arbitrario poder del presidente de los comicios, que tenía el derecho de rechazar los votos favorables á un candidato enemigo, la mayoría de los sufragios favorecía á un hombre nuevo, su elección podía fracasar aun contra la decisión de los augures. En caso necesario, Júpiter tronaba.

III. — LUCHAS PARA LA EJECUCIÓN DE LA NUEVA CONSTITUCIÓN

Por más habilidad que hubiera desplegado el senado, el principio de igualdad política acababa de triunfar, y la repartición de las magistraturas curules no era ya sino cuestión de tiempo. Este tiempo fué largo, porque no se trataba aquí ya de satisfacer intereses generales, sino solamente

un peligro inminente, los mismos augures levantaron esta prohibición, y el tribuno consular, prefecto de la ciudad, Cornelio Cossus, fué nombrado dictador.

(1) Zonar., VII, 19, corroborado por el silencio de los fastos triunfales. Sólo se concedía el triunfo á los que habían vencido *suis auspiciis*.

(2) Tito Livio, VI, 5. En 424, cuatro tribunos *equibus Cossus profuit Urbi*. Lo mismo en 431, 383, etc. En virtud de su cargo, estos plebeyos debieron tomar asiento en el senado y quedar en él al salir de funciones.

(3) En cuanto á las frecuentes variaciones del número de los tribunos consulares, cosa tan extraña en la antigüedad romana, se explican no haciendo tribunos consulares sino de simples generales. Su número crece según las necesidades. En 443-432 son tres, dos para las legiones, uno para prefecto de la ciudad. En 425, después de la declaración de guerra de Veyos, se nombran cuatro, y después, por el mismo motivo, seis. Cuando son ocho, es acaso, como sostiene Perizonio, por haber contado en su colegio á los censores.

la ambición de algunos jefes del pueblo. Así, el ataque, aunque rudo, fué mal sostenido; y los plebeyos, contentos con el nombre, dejaron por mucho tiempo la cosa. Ya los veremos en el momento supremo, dispuestos á abandonar á Licinio Estolón y el consulado por algunas arpentas de tierra.

La constitución de 444 autorizaba á nombrar plebeyos para el tribunal consular; pero hasta 400, ni uno solo llegó á él; y durante los setenta y ocho años que subsistió este cargo, el senado hizo nombrar veinticuatro veces cónsules, es decir que procuró y consiguió un año por tres restablecer la antigua forma de gobierno (4).

Estas perpetuas oscilaciones hubieron de alentar las ambiciosas esperanzas del rico caballero Espurio Melio (439), el cual creyó que los romanos abdicarían de buen grado en sus manos su borrascosa libertad, y durante un tiempo de hambre hizo abundantes donativos á los pobres. El senado se inquietó ante esta piedad que no entraba en las costumbres de la época, é hizo elevar á la dictadura á Cincinato que, al tomar posesión de su cargo, pidió á los dioses que no permitieran que su vejez fuera para la república causa de afrentas ni de daños. Citado ante el tribunal del dictador, rehusó Melio contestar, y buscó en medio de la multitud que llenaba el Foro, protección contra los lictores. Pero el maestro de la caballería, Servio Ahala, lo alcanzó y lo traspasó con su espada. A pesar de la indignación del pueblo, Cincinato aprobó la acción de su teniente, hizo demoler la casa del traidor, y el prefecto de la anona, Minucio Augurino, vendió á precio de un as el modio el trigo acumulado por Melio.

Tal es la narración del amigo de los grandes (5); pero en aquella época, pensar en restablecer la monarquía hubiera sido un sueño insano, que Espurio no pudo tener. Sin duda quiso llegar por el favor público al tribunal militar, y para intimidar á los candidatos plebeyos lo matarían los patricios, imputándole la acusación que Tito Livio desarrolla con cierta fruición por boca de Cincinato, de haber aspirado á la realza. La multitud se deja llevar siempre de palabras, y el senado había tenido el arte de reunir en estas todos los odios populares. El golpe fué de efecto, y durante los once años siguientes dejó el pueblo nombrar cónsules hasta nueve veces. Hubo, sin embargo, en 433, un dictador plebeyo, Mamercio Emilio, que redujo á diez y ocho meses la duración de la censura.

Estos nueve consulados infundieron tal confianza á los grandes que el mismo senado tuvo que sufrir á causa de la orgullosa indisciplina de los cónsules del año 428. Vencidos por los ecuos, se negaban á nombrar un dictador, y para triunfar de su resistencia tuvo que recurrir el senado á los tribunos del pueblo, que amenazaron seriamente á los cónsules queriendo arrastrarlos á la prisión. Fué un espectáculo nuevo el de la autoridad tribunicia protegiendo la majestad del senado. Desde aquel día, la consideración del tribunal se igualó á su poder, y pocos años pasaron sin que los plebeyos obtuvieran alguna otra ventaja.

Tres años antes, enojados de ver que los sufragios favorecían siempre á los grandes los plebeyos hubieron de proscribir las togas blancas que desde lejos designaban á la vista de todos el candidato patricio: era la primera ley contra la falsificación electoral.

(4) Sobre la proposición del senado decidían anualmente las centurias si se habían de elegir tribunos militares ó cónsules. El senado no proponía ordinariamente tribunos, sino cuando era inminente la guerra. La fórmula de la elección de los cónsules era: *Pax et otium domi forisque*.

(5) Tito Livio, IV, 12. Véase una narración diferente en Dion., *ap. Fragm. des H. G.*, de Didot, tomo II, pág. 31.

En 430 otra ley puso término á la arbitrariedad de las multas pagadas en especie (1).

En 427, los tribunos, con su oposición á las levas, obligaron al senado á llevar á los comicios centuriados la cuestión de la guerra contra Veyos (2).

En 423 renovaron la ley agraria y exigieron que el diezmo más exactamente pagado en adelante por los detentadores del dominio se aplicara á las soldadas de las tropas.

Esta vez tuvieron que resignarse al malogro; pero en 421 se creyó necesario aumentar de dos á cuatro el número de los cuestores, y el pueblo no se avino, sino á condición de que la cuestura había de ser accesible á los plebeyos.

Tres años después, se distribuyeron entre mil quinientas familias plebeyas 3,000 arpentas del territorio de Labico. Era bien poco, y así, en 414, reclamó el pueblo la repartición de las tierras de Bola, conquistadas á los ecuos. Habiéndose opuesto á ello Postumio, tribuno militar, quedó muerto en un tumulto soldadesco. Este crimen, inaudito en la historia de los ejércitos romanos, perjudicó mucho á la causa popular: no hubo distribución de tierras, y por espacio de

cinco años pudo el senado hacer que se nombraran cónsules.

Esta reacción patricia trajo otra en sentido contrario, que no terminó sino por la franca ejecución de la constitución del año 444. Un Icilio en 412 y Menio en 410, volvieron al antiguo empeño de la ley agraria y se opusieron á las levas.

El año siguiente, tres Icilios fueron nombrados tribunos: era una amenaza para el otro orden: los patricios lo comprendieron así, y en 410 tres plebeyos llegaron á la cuestura.

En 405 se estableció la soldada para las tropas, y los ricos se encargaron de pagar la mayor parte.

Finalmente, en 400, de seis tribunos militares, se eligieron cuatro plebeyos.

Los jefes del pueblo, como se ha visto, llegaban á todos los cargos públicos y hasta al senado, y los pobres obtenían una indemnización, que era bastante á mantener sus familias, cuando estaban ellos sobre las armas. Todas las ambiciones, los deseos todos están por el momento satisfechos. La quietud, la paz y la unión entran en Roma, y bien se conoce en el vigor de los golpes que da afuera.

CAPITULO X

HISTORIA MILITAR DE 448 Á 389

I. — CONQUISTA DE ANXUR Ó TERRACINA

A mediados del siglo V antes de nuestra era, en la época que precede y sigue al decenvirato, estaba disuelta la confederación latina y el territorio romano abierto á todas las invasiones. Todos los años bajaban los sabinos de las montañas de Ereto, los ecuos de Alguido, los volscos del monte Albano, y los etruscos inquietaban la orilla derecha del Tíber. Parecía que un último esfuerzo iba á poner á Roma al fin en manos de sus enemigos. Pero el pueblo á su vez acababa de hacer una revolución plebéya: renacía la confianza; los jefes eran populares, y la guerra vino á ser afortunada. De medio siglo atrás no había luchado Roma sino por su existencia; desde entonces iba á combatir por la dominación. Ayudóse en su empeño de dos medios de que al parecer se habían servido ya los reyes: la soldada militar, que permite hacer más largas campañas y más severa disciplina; la colonización de las ciudades tomadas, que asegura la posesión de las conquistas y prepara otras nuevas. Con esto en el espacio de cincuenta años, los sabinos, los ecuos y los volscos rindieron las armas, Veyos desapareció y los latinos vinieron á ser como los súbditos de Roma.

La primera expedición, después del restablecimiento de la libertad, fué señalada por una victoria sobre los sabinos, que los rechazó por siglo y medio al Apenino. Acaso se debió el honor de este resultado, menos al terror inspirado por las armas romanas, que á las circunstancias que ofrecieron á los sabinos más lucrativas empresas.

Los samnitas se agitaban entonces en sus montañas y comenzaban contra sus ricos vecinos aquellas correrías que

(1) Cic. *de Rep.*, II, 35; Tito Livio, IV, 30. La ley fijó el valor en dinero de un buey y un carnero; un buey á 100 ases y un carnero á 10.

(2) Tito Livio, IV, 30. En 380, son los tribunos los que deciden que se haga la guerra á los volscos. (Tito Livio, VI, 21.)

habían de entregarles la Lucania y la llanura campaniense. En 420, se apoderaron de la gran ciudad de Cumas. Los sabinos se mezclaron sin duda, como todos los montañeses del Apenino, en esta reacción de la vieja raza italiana contra los extranjeros, y Roma, gozosa de contar un enemigo menos, hubo de alabar la moderación sabina.

Estos movimientos de los samnitas hicieron una diversión más útil aún á los romanos llamando por la parte del Liris la atención de las fuerzas de los volscos, que sin embargo, en 443 llegaron hasta la puerta Esquilina. Pero T. Quincio destruyó su ejército y estableció á la entrada de su país una guarnición que los tuvo á raya durante quince años. Entonces, como si estos pueblos turnaran para fatigar á Roma y extenuarla con una guerra sin tregua, los etruscos llamaron á las legiones de Norte á Sur. Fidenas, á cinco millas del Janículo, á la orilla izquierda del Tíber, era un punto avanzado de Roma ó de la Etruria, según que los descendientes de los colonos romanos, enviados por los reyes á aquella ciudad, ó los habitantes de origen etrusco eran allí los más fuertes. En 430 los indígenas echaron á los colonos y se pusieron bajo la protección de los veientes y de los faliscos, después de haber asesinado á su instigación á cuatro embajadores del senado. Esta guerra hizo nombrar dos dictadores: uno se apoderó de Fidenas en 435; otro, el general de la caballería Cornelio Coso, dió muerte á Tolumnio, *lars* ó rey de los veientes, y ofreció los segundos ópimos despojos (426). Para castigar este otro tumulto, mandó el senado pasar á cuchillo ó vender toda la población etrusca. Veyos inquieta solicitó una tregua de veinte años (425). Desde esta época apenas aparece una vez en la historia el nombre de Fidenas. En el último siglo de la república, aun se veían en el Foro las estatuas de los cuatro embajadores sacrificados, y cuando Augusto restauró el templo de Júpiter Feretrio, hubo de encontrar allí la armadura de Tolumnio, con su coraza de lino que tenía una inscripción.

En el intervalo de estas dos guerras etruscas, los ecuos y los volscos habían vuelto á tomar las armas y á unir sus fuerzas. El dictador nombrado para combatirlos, A. Tuberto, dió el primer ejemplo de esa disciplina implacable que no doblegan ni la victoria ni la edad y que formó la mejor infantería del mundo. Su hijo había combatido sin orden suya y volvía vencedor: el dictador lo mandó decapitar (431) (1).

Pero ganó en el monte Algido, sobre el ejército combinado, una gran batalla, que dió algún descanso á los romanos. Una tregua de diez y ocho años, y luego las disensiones intestinas que debilitaron al pueblo volsco, suspendieron

por esta parte las hostilidades. Habiendo quedado solos, á consecuencia de esto, los ecuos, perdieron muchas ciudades (2), entre otras Labico, adonde el senado envió sin demora una colonia de mil quinientos hombres, que cerró el paso á aquellos inquietos montañeses y permitió á los romanos y á los valles del Trero dar la mano á los hérnicos, sus fieles aliados.

Roma se aprovechó de estos triunfos para llevar sus armas contra los volscos y darles golpes decisivos. En 406, tres ejércitos amenazaron simultáneamente á Ancio, Ecetra y Anxur ó Terracina. Situada al extremo de las lagunas



Ruinas llamadas del templo de Júpiter Feretrius

Pontinas, á la falda de una colina, cuyo pié baña el mar, era Anxur una de las ciudades más ricas de aquel pueblo, y una posición militar desde donde se dominaba á la vez el Pontino y el paso del Lacio á la Campania. Tarquino había comprendido su importancia, y la guarnición real que la ocupaba en 510 bastaba para tener en jaque todo el país de los volscos. Mientras dos ejércitos se dirigían en son de guerra hacia Ancio y Ecetra, el tercero, al mando de Fabio Ambusto, avanzaba rápidamente sobre Anxur, y tomó la plaza antes que sus habitantes, alejados del teatro ordinario de la guerra, tuvieran tiempo de creerse atacados (3).

Las dos divisiones que habían cubierto esta marcha, tan hábil como audaz, se incorporaron al ejército de Fabio para participar del botín.

Dejando luego una guarnición en Anxur, volvió Fabio á comunicar al senado que la república había reconquistado la frontera ocupada por Roma en tiempo de los reyes 80 años antes.

Era preciso recompensar á los plebeyos por una campaña tan feliz, que dió por resultado tan importante conquista.

(1) Val. Max., II, VII, 6; Aulo Gelio, XVII, XXI.

(2) En 418, Labico; adonde se envió una colonia; en 414, Bola; en 413, Ferentino, adonde volvieron los hérnicos.

(3) Tito Livio, IV, 59.

ta; por otra parte la tregua con los de Veyos expiraba el año siguiente, y este pueblo mostraba intenciones hostiles. El senado decretó que se diera á la infantería una soldada del tesoro público (4). Con esto, menos ansioso el legionario de volver á sus campos, permaneció sin dificultad sobre las armas por algún tiempo. La guerra pudo extenderse, las operaciones prolongarse, y los generales exigir á los soldados más esfuerzo, obediencia y disciplina.

Las grandes empresas van á suceder á los innumerables combates, cuya monótona repetición fatigaría, si la grandeza á que este pueblo llegó en su madurez no hubiera rodeado de engañoso brillo los oscuros años de su juventud.

II. — TOMA DE VEYOS

El sitio de Veyos comenzó en 405. La ciudad estaba sólo á cuatro millas del recinto de Servio, y desde lo alto de sus muros se veían las siete colinas. Mientras Veyos permaneciera en pie sobre su escarpada roca vigilando y amenazando de continuo la orilla derecha del Tíber, los romanos no podían vivir tranquilos y seguros. Así, pues, hubieron de poner todas sus fuerzas y toda su perseverancia en una empresa, de que nada podía desviarlos.

(4) Tito Livio, IV, 59. *Ut stipendium miles de publico acciperet.*

Esta guerra fué su Iliada: los héroes, los prodigios, la intervención de los dioses, una resistencia de diez años, grandes contratiempos y adversidades, después de la victoria, nada faltó para ennoblecer esta heroica lucha, que hizo de Roma la potencia preponderante de la Italia central.

Desde el primer año se concentró la guerra al rededor de Veyos, viniendo dos ejércitos romanos á acampar bajo sus muros, uno para cercarla y otro para impedir todo socorro. Pero Veyos estaba abandonada: los etruscos reunidos en el templo de Voltumna, declararon disuelta la liga, y solamente los faliscos y capenatas, más cerca del peligro, hicieron algunos esfuerzos, atacando uno de los dos campamentos y abriendo por algún tiempo comunicación con los sitiados. Los tarquinienses invadieron también el territorio romano; pero fueron rechazados con pérdida.

La más útil diversión fué la de pueblos con los cuales no tenían alianza los veyentes.

La toma de Anxur había dado un terrible golpe al poder de los volscos, y Roma tenía allí ahora una fortaleza, desde donde podía atacar por la espalda á un pueblo que tenía enfrente, á los latinos, y cuyo flanco amenazaban los hérnicos. En 402 se dejó sorprender la guarnición, y habiendo entrado en la plaza los romanos, fueron los volscos á sitiarse, mientras los ecuos atacaban á Bola. Sucedió esto en lo más recio del sitio de Veyos y Roma no podía disponer de un soldado: por fortuna los latinos y los hérnicos vinieron en ayuda de las plazas amenazadas, y á la nueva de que la gran ciudad etrusca sucumbía, los dos pueblos solicitaron una tregua.

A fin de asegurar su posición en Anxur, envió el senado una colonia á Circei, y otra, establecida en Vitelia, en la cadena de montes que separa el valle del Anio del de Trero, cerró, en fin, á los volscos la salida de sus montañas.

Por la primera vez entonces habían continuado los romanos las hostilidades durante el invierno; pero el éxito no había respondido á su perseverancia. La división del mando entre los tribunos militares y sus rivalidades hacían temer derrotas y enfriaban el arranque de las tropas. En 400, sospechando el pueblo alguna traición, eligió, en fin, cuatro plebeyos para el tribunado consular. La fortuna por eso no cambió: dos tribunos, de los cuales quedó uno en el campo de batalla, fueron también vencidos, y el senado creyó que toda la Etruria se levantaba contra Roma. En su virtud, hizo nombrar dictador á un patricio que había ejercido con distinción altos cargos, M. Furio Camilo (396).

Camilo armó á todos los ciudadanos en aptitud de combatir, llamó los contingentes de los latinos y hérnicos y los condujo contra el victorioso enemigo. Después de una lucha encarnizada, se retiraron á sus ciudades los capenatas y los faliscos, y con esto pudieron los romanos estrechar más y más el sitio de Veyos.

La tradición conservaba la memoria de una mina abierta secretamente bajo las murallas, la cual había conducido á los romanos en medio de la ciudad. Y sabía otras muchas maravillas, como el desbordamiento del lago de Alba en medio de un estío abrasador, y los mil canales abiertos para impedir que las aguas llegaran á la mar (1), y la fatal imprudencia del arúspice toscano que reveló los secretos de su pueblo, y la amenazadora profecía de un jefe etrusco sobre la invasión de los galos.

(1) El emisario ó desagadero del lago de Alba, abierto en la roca volcánica en una longitud de 2,500 metros por 1' de anchura y bastante alto para que un hombre pudiera pasar, es una obra antiquísima, acaso anterior á Roma, en la cual se habrían hecho, en la época del sitio de Veyos, reparaciones cuya necesidad demostrarían el riguroso

En cuanto á la toma de la ciudad, continuaron los prodigios: al mismo santuario de Juno, diosa protectora de Veyos, es adonde conduce la mina. En medio del ruido y alboroto de un asalto general, penetra Camilo por la galería hasta el templo, donde el rey veyente consultaba el oráculo. «El vencedor, exclama el arúspice en este punto, será el que ofrezca en el altar las entrañas de la víctima.» Al oír estas palabras, Camilo y los romanos se precipitaron al santuario y acabaron el sacrificio. El botín fué inmenso, pues Camilo había convocado á todo el pueblo al pillaje, y el escaso número de veyentes que pudieron sustraerse á la espada del vencedor, fueron puestos en venta.

Entre tanto, desde lo alto de la ciudadela contemplaba Camilo con orgullo la grandeza de la ciudad que había caído en su poder y la riqueza de sus despojos; pero recordó muy luego la fragilidad de las más brillantes fortunas, y entonces velándose la cabeza, rogó á los dioses que apartaran de él y de la república los males reservados á la demasiada prosperidad. Volviendo en torno de sí, según el ritual prescrito para las rogaciones solemnes, tropezó en una piedra y cayó. Pero luego al punto se levantó diciendo gozoso: «Los dioses están satisfechos; esta caída ha expiado mi victoria.»

Roma conquistaba á la vez las ciudades y sus dioses. Camilo había ofrecido á la Juno de Veyos un templo en el Aventino, á condición de que consintiera en abandonar la ciudad enemiga y seguirlo á Roma; sino que nadie se atrevía á poner la mano en la sagrada imagen. Dos jóvenes patricios, purificados según los ritos y vestidos con sus ropas de fiesta, fueron al templo y preguntaron á la diosa si quería trasladarse á Roma. — «Quiero,» contestó una voz. Y la estatua siguió de suyo al parecer, á los que la arrastraban.

El crédulo Plutarco no sabe qué pensar de tales prodigios. «Otros, dice, alegan semejantes maravillas: que en otro tiempo algunas imágenes han derramado gotas de sudor; que se les ha oído suspirar; que se han vuelto; que han hecho algunas señas con los ojos; pero hay peligro en dar demasiado crédito á tales cosas y también en negarlas absolutamente, á causa de la imbecilidad de la naturaleza humana. Y así, lo mejor es retenerse y no hacer demasiado caso de esto ni de ninguna otra cosa» (2). Tito Livio esta vez no se *retiene*, como el prudente Plutarco, y da el milagro por cuento (3), lo cual no impide prometer á Juno Reina que su templo en Roma será para ella una mansión eterna, *aternam sedem suam*. De esta eternidad acaso no quedan más que algunas columnas, que adornan el templo de otra divinidad, la iglesia de Santa Sabina.

El territorio de Veyos fué repartido entre los ciudadanos; pero la ciudad quedó desierta por algunos siglos. Propercio decía aún: «¡Oh, Veyos! ¡tú eras un reino y en tu foro se alzaba un trono de oro! Hoy la trompa del pastor indolente resuena en tu recinto, y en tus campos brota la hierba entre los huesos de tus ciudadanos.»

En tiempos del imperio se levantó para caer otra vez. En la época de su poder encerraban sus muros cien mil habitantes; ahora, el espacio que cubría su ciudadela, tanto tiempo rival del Capitolio romano, sería demasiado vasto para los ochenta moradores de la *Isola Farnese*.

La caída de Veyos arrastró la de Capena (395), y se ganó Faleria, según parece, por la generosidad de Camilo, el

invierno del año 400, que acumuló en las montañas espesas capas de nieve, y el abrasador estío que le siguió. El canal sirve aún, y el arroyo que de él se escapa desagua en el Tíber por debajo de Roma.

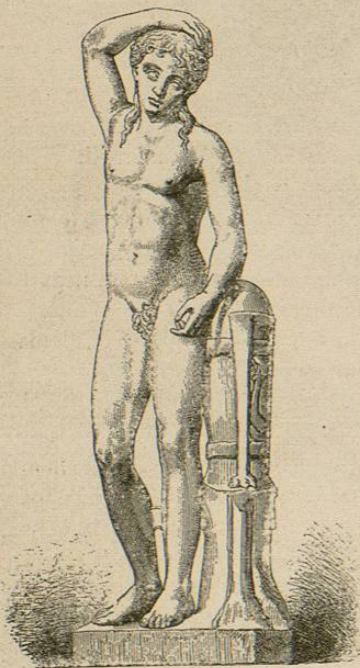
(2) *Cam*, 6.

(3) *Inde fabule*. (V, 22.)

cual hubo de devolver á sus padres los hijos de los principales personajes de la ciudad, que el maestro de escuela le había entregado (394).

Dos ó tres años después, la toma de Nepete y de Sutri llevó la frontera romana, por la parte del Norte, hasta el sombrío bosque Ciminio, que se consideraba en Roma impracticable. Las legiones, sin embargo, se atrevieron á franquearlo para atacar á los salpinates y á los vulsinios, que á duras penas obtuvieron una tregua de veinte años, teniendo que pagar un año de soldada al ejército romano (391).

Así, pues, de 450 á 390, los romanos volvieron á tomar la defensiva, y se establecieron en el país de los volscos por medio de sus colonias de Circei y Anxur, y con las de Bola y Labico, ocuparon su territorio contra los ecuos. Pero este pueblo está siempre en posesión del Algido, habiendo destruido á Vitelia que debía cerrarle el paso. Si la cuestión no está aún decidida entre Roma y sus dos infatigables enemigos, á lo menos la posición es ahora inversa de lo que era al principio de este período: el temor y la prudencia han pasado á la parte de los volscos. Fuera de esto, Roma ha tomado un ascendiente más y más marcado sobre lo que queda de los treinta pueblos latinos. Acostumbrados á ser defendidos por ella, han tomado el hábito de obedecerla. La antigua igualdad se ha olvidado, y Roma añade á su territorio el de las ciudades latinas que recobra del enemigo. Al Norte del Tíber puede gloriarse de un brillante triunfo, y la conquista del país veyente ha doblado su territorio. Pero por esta parte, sus mismas victorias la acercan á un



Apolo Pito

gran peligro, como quiera que la llevan al encuentro de los galos, y acaba de perder á su mejor general: en efecto, Camilo estaba desterrado. ¿Cuál fué la causa de este destierro? La orgullosa magnificencia de su triunfo, cuando subió al Capitolio en un carro arrastrado por cuatro caballos blancos, que sólo se unían al carro del Sol, su altivez y el voto que había hecho en secreto de consagrar á Apolo Pito la décima del botín de Veyos, en fin, su oposición al proyecto de los tribunos de trasladar á aquella ciudad parte del senado y del pueblo, hubieron de concitar contra él, según parece, el odio del pueblo. La última proposición era bien peligrosa, porque se hubiera hecho renacer el antagonismo que sólo pudo destruirse á costa de esfuerzos desesperados. Es difícil admitir que se hubieran atrevido á hacerla y todo se explica más sencillamente. Una parte de las tierras de Veyos fué sin duda repartida entre los plebeyos, que hubieron de creer que el senado los recompensaba de sus prolongados esfuerzos, haciéndoles una concesión en propiedad. Camilo habría propuesto someter estos bienes á la décima de la renta, como

tierra arrendada en el *ager publicus*; y de aquí el enojo del pueblo y la acusación formulada contra él á pretexto de defraudaciones (1).

Sus clientes se negaron á dar por él un voto favorable. «No podemos absolverte, decían; pero pagaremos la multa que te sea impuesta.»

Camilo no quiso aceptar esta abnegación que salvaba su hacienda á costa de su honor, y partió para el destierro, sin esperar el juicio del tribunal.

Cuéntase que habiendo pasado la puerta Ardeatina, se volvió hacia la ciudad, y rogó á los dioses del Capitolio que, si lo hallaban inocente, hicieran que muy pronto se arrepintieran de su destierro sus ingratos conciudadanos. Palabras egoístas y duras, que recuerdan por su contraste la tierna y conmovedora invocación de Aristides, pero que los griegos imaginaron para hacer resaltar la verdadera grandeza del héroe ateniense y anunciar anticipadamente el formidable drama de la invasión de los galos.

En efecto, aquel mismo año los galos entraban en Roma.

III. — LOS GALOS EN ROMA (390)

Después de cerca de dos siglos que los galos habían bajado á Italia, no se habían atrevido aún á penetrar en el Apenino; pero flanqueando el Adriático las más aventureras y audaces de sus bandas, iban á ganarse buenas soldadas de guerra al servicio de las ciudades de la Magna Grecia, ó á pillar por su cuenta en este hermoso país. Sin embargo, es de creer que los senones, establecidos desde el tiempo del Soberbio á las márgenes del Esis, no estuvieron más de un siglo sin pensar en la Etruria, que tenían tan á la mano y cuya opulencia conocían. Por esta parte están aún los dos caminos principales que conducen de la Toscana á la Romanía. Al Este de Perugia descende el Apenino, y por muchas gargantas ofrece fáciles pasos: los galos debieron franquearlos desde luego, y esta circunstancia explica el abandono en que los etruscos del Norte y del Este, amenazados por sus turbulentos vecinos, dejaron los del Sur atacados por Roma. El sitio de Clusio no fué sino la más importante y mejor conocida de estas expediciones.

Clusio, construida en una altura cuyo pie bañaba un confluente del Tíber, el Clanis (*Chiana*), había sido en tiempo de Pórsena la más poderosa de las lucumonias etruscas, y estaba aún floreciente y rica de mil objetos de arte: vasos, candelabros, bronce de todas clases, de que hemos encontrado algunos, y que excitaban, tanto como la fertilidad de su suelo, la codicia de los galos. Treinta mil senones fueron á pedirle un día que compartiera con ellos su territorio; pero los clusinos cerraron sus puertas é imploraron el socorro de Roma. Tres embajadores, tres Fabios, envió Roma para interponer su mediación con el enemigo.

«Luego que hubieron expuesto su mensaje al consejo de los galos, dice Tito Livio, contestaron éstos: Bien que por la primera vez oigamos hablar de romanos, creemos que son hombres valientes, cuando los clusinos han implorado su apoyo. No se rechazará la paz que proponen, si á los galos que necesitan tierras, los clusinos que tienen de más, dan parte de las suyas. Donde no, la paz les será negada. Que nos contesten en presencia de los romanos; sino combatiremos á vista de ellos, y así podrán volver diciendo á Roma que los galos superan en bravura á los demás hombres.—Pero ¿con qué derecho atacáis á los etruscos?—El derecho, contestó el breno, lo llevamos los galos, como vosotros los romanos, en la punta de la espada: todo pertenece á los valientes.»

(1) Plinio, *Hist. nat.*, XXXIV, 3.

Los Fabios se indignaron del orgullo de aquel bárbaro, que creía que Roma había hecho poco ruido con sus armas, cuando no había llegado su fama á sus oídos. Olvidando su carácter de embajadores, se mezclaron con los sitiados en una salida, y Q. Ambusto mató, á vista de los dos ejércitos, á un jefe galo, á quien despojó de sus armas.

Luego al punto cesaron los bárbaros en sus hostilidades contra la ciudad, y pidieron á Roma reparación del agravio.

Todo el colegio de los feciales insistió en nombre de los dioses para que se hiciera justicia; pero el crédito de la familia Fabia prevaleció contra todas las consideraciones. Los culpables fueron absueltos, y el pueblo, como poseído de un vértigo, les dió tres de los seis tribunados militares.

A estas noticias, los senones, reforzados con algunas bandas llegadas de las orillas del Po, se pusieron en marcha hacia Roma, sin atacar una ciudad, sin saquear un villorrio, y bajaban á lo largo del Tíber, cuando á unas once millas del Capitolio, cerca del riachuelo del Alia, divisaron á la orilla opuesta el ejército romano extendido en una larga línea, el centro en la llanura, la derecha en unas alturas y la izquierda cubierta por el Tíber.

El ataque comenzó por la parte de las colinas, donde el ala derecha, compuesta de soldados aguerridos, se mantuvo firme; pero el centro, espantado de los gritos y del feroz aspecto de aquellos bárbaros, que les parecían de estatura gigantesca, y avanzaban golpeando los escudos con sus armas, rompió sus filas y se arrojó en desorden sobre el ala izquierda. Todos los romanos que no pudieron pasar á nado el Tíber y refugiarse detrás del fuerte recinto de Veyos, perecieron en la llanura, á la margen y en el lecho del río. El ala derecha, intacta, se batió en retirada sobre Roma, y sin guarnecer sus muros, sin cerrar sus puertas siquiera, corrió á ocupar la ciudadela del monte Capitolino (18 julio 390).

Afortunadamente los bárbaros hubieron de detenerse en pillar, en cortarles la cabeza á los muertos y en celebrar con orgías su fácil victoria. Con esto, tuvo Roma tiempo de volver de su estupor y de tomar las disposiciones que podían salvar aún el nombre romano. El senado, los magistrados, los sacerdotes y mil de los más bravos jóvenes patricios, se encerraron en el Capitolio, adonde se llevaron todos los víveres de la ciudad y todo el oro de los templos. En cuanto á la multitud, muy luego cubrió los caminos y se dispersó por las ciudades vecinas. Ceres (Cervetere ó Cervetri), dió asilo á las vestales y á las cosas santas.

La tarde del segundo día, que siguió á la batalla, se dejaron ver los exploradores galos; pero sorprendidos de ver los muros desguarnecidos de soldados y las puertas de par en par abiertas, temieron algún ardid y el ejército dejó para el día siguiente la empresa de entrar en la plaza.

Las calles estaban desiertas, las casas silenciosas: en algunas de ellas vieron los bárbaros con sorpresa unos ancianos sentados en sendas sillas curules, cubiertos con largas túnicas orladas de púrpura y apoyados en un báculo de marfil, con los ojos fijos y tranquilo el semblante. Eran consulares que se ofrecían como víctimas por la salud de la república, ó que no habían querido ir á mendigar asilo á casa de sus antiguos súbditos. Los bárbaros los miraron al principio con admiración pueril, dispuestos á tomarlos por seres sobrenaturales. Pero uno de ellos hubo de pasar la mano suavemente por la larga barba de Papirio, y este queriendo tenerlo á raya y en respeto, le dió un golpe con el báculo. Entonces irritado el galo le dió muerte. Esta fué la señal de la matanza. Nada quedó ya á vida en la ciudad. Después del degüello, el pillaje, y luego el incendio destruyó las casas. Los bárbaros no habían visto soldados ni aprestos de gue-

rra sino en el Capitolio, y quisieron subir á él; pero en la estrecha y rápida pendiente que allá conducía, pocos esfuerzos tuvieron que hacer los romanos para rechazarlos, y fué preciso cambiar el cerco en bloqueo. Por espacio de siete meses estuvieron los galos acampados en medio de las ruinas de Roma. Un día vieron descender lentamente del Capitolio á un joven romano, ceñido de vestiduras sacerdotales y trayendo en las manos cosas consagradas. Era un miembro de la familia Fabia. Sin hacer caso de gritos ni amenazas, atravesó el campo, subió al Quirinal y ofreció á los dioses sacrificios expiatorios. Después con el mismo sosiego y lentitud, volvió al Capitolio por el mismo camino que había seguido antes. Admirando su valor, ó poseídos de temor supersticioso, los galos lo habían dejado pasar impunemente (1).

Los dioses estaban ya aplacados, y la fortuna iba á cambiar. En su imprevisión, no se habían reservado los bárbaros provisiones ni abrigo: un otoño lluvioso trajo luego enfermedades que los diezaban

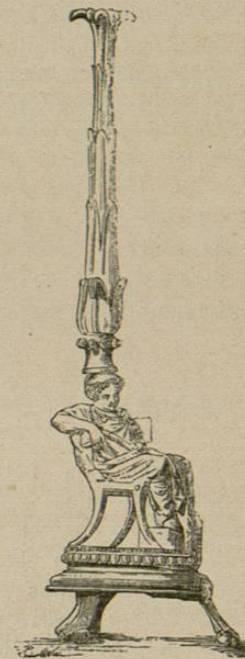
y el hambre les obligó á recorrer el campo en cuadrillas. Los latinos y etruscos que al principio se gozaron en los reveses y desgracias de sus vecinos, demasiado poderosos, se espantaron á su vez. El mejor general de Roma estaba desterrado á la sazón en Ardea: esta ciudad puso á sus órdenes algunos soldados, y con ellos sorprendió y pasó al filo de la espada á un destacamento de galos. Este primer éxito alentó la resistencia; por todas partes se levantaban los campesinos, y los romanos refugiados en Veyos, proclamaron dictador á Camilo.

Pero era menester la sanción del senado y de las curias para confirmar la elección y devolver á Camilo sus derechos de ciudadano que había perdido por el destierro. Un joven plebeyo, llamado Cominio, pasó de noche el Tíber á nado ó sobre un corcho, rehuýó el encuentro de los centinelas enemigos y ayudándose de los espinos y arbustos que cubrían las escarpadas paredes de la colina, pudo llegar á la ciudadela. Volvió sin ningún mal encuentro y llevó á Veyos el nombramiento que había de acallar los escrúpulos de Camilo.

Pero los galos hubieron de notar sus huellas y una noche muy oscura subieron hasta el pie de la muralla: ya alcanzaban las almenas, cuando los graznidos de las ocas consagradas á Juno hubieron de despertar á Manlio, patricio famoso por su fuerza y valor, que derribó de lo alto del muro

(1) La acción de este Fabio fué acaso menos maravillosa de lo que dice Tito Livio. El Quirinal estaba entonces unido al Capitolio por una lengua de tierra, que después se cortó y que Fabio seguiría. La empresa no fué por eso menos audaz, y hubiera acalado mal, sin la admiración religiosa de los galos.

(2) *Atlas del Inst. Arquel.* de Roma. Chiusi no ha conservado nada del esplendor de la antigua *Clusium*, á no ser los numerosos sepulcros de que ha sacado multitud de urnas funerarias y bronceos adornados con figuras en relieve y monstruos de carácter oriental. Al lado de estos objetos, que no tienen ninguna relación con el arte griego, se han encontrado vasos pintados de procedencia ó imitación helénica. (Dionis., *Etruria*, II, pág. 325-384.)



Candelabro de bronce encontrado en Chiusi (2)